



EL OSCURO SOBRETUDO DEL POETA
[Entrevista a “El gato, de Horacio Benavides]

Por Robinson Quintero Ossa

EL GATO

El gato que duerme
 es otro gato
porque a las once
 es sólo sombra
El que a las tres
 de la mañana cae
como sombrero lento
es porque ya no ondula
 en el agua del desierto
El que a las seis
 busca la leche
es porque guardó
 su oscuro sobretodo.

HORACIO BENAVIDES

A Horacio Benavides se le apareció “El gato” debajo de una piedra. “El gato” esperaba que alguien lo descubriera, porque los poemas, según Horacio Benavides, no son ratones, no huyen espantados, se encuentran en cualquier parte, incluso debajo de una piedra. A mí se me apareció debajo de la tapa de Las cosas perdidas (1986); de los bigotes a la cola, allí ronroneaba. El fantasma, la elástica sombra que merodea los trece versos del poema me intrigó, y quedé meditativo, azuzado por preguntas ante su

Esfinge. Busqué entonces al “dueño”, poeta que vive en una casa antigua, en Cali, entre caballos, elefantes, cerdos, murciélagos y pájaros, para que hablara de “El gato” y “El gato” hablara de él. Horacio es un poeta de pocas palabras. No fue fácil sacarle un miau al gato, pero mi experiencia me dijo que todo gato maúlla si se le ronda. Esta vez no fue el alcohol sino los cascabeles de la infancia los que surtieron efecto. Sentado en un sillón, el gato hilvanaba recuerdos y Horacio, meditabundo, asentía.

Horacio, ¿cómo apareció “El gato”?

Si mal no recuerdo, andaba buscando un caballo y el caballo por ninguna parte. De pronto apareció el gato; no se me apareció a mí, pues el *mí* no existe para el gato, simplemente apareció. Como desde los tiempos de mis estudios de pintura tengo la costumbre de cargar un cuaderno para hacer trazos, intenté un retrato. El animal se movía, parecía fluir, se agazapaba, fingía un salto sobre la presa. Había trazado unas cuantas líneas cuando el gato desapareció, de tal manera que lo que logré fue un boceto.

Tal vez sucedió de otra manera; mi memoria es frágil. Una noche escuché un *tas tas tas* en la ventana de mi casa. Cuando la abrí, vi al gato; traía algo en la boca; un ratón, pensé. Era el poema.

Además de lo que sugiere “El gato”, ¿quién es un gato?

Para los egipcios el gato era una divinidad. ¿Por qué? Tal vez porque el gato lo es todo: es tierno y a la vez puede desatar la más fuerte agresividad; puede quedarse quieto, sin pestañear, por un largo tiempo, y moverse luego con fluidez de pez en el agua; puede ser el cotidiano gato que toma la leche y el extraño que cruza como una sombra en el tejado. El gato es un animal y un fantasma; sale de nuestras vidas pasadas y se pasea por nuestra casa. Hay algo de sagrado en él. Nos cuidamos de golpearlo o matarlo, pues tememos oscuras consecuencias. Si los gatos son negros son los embajadores del demonio. En el barrio San Nicolás, en Cali, había un parqueadero que era a la vez una inmensa bodega de papel reciclable, y en él unos cincuenta gatos, todos negros. Al preguntarles a los vecinos por la razón del color, me dijeron que cuando aparecía un

gatico blanco o atigrado, la gente se lo llevaba; pero no querían saber nada de los gatos negros. Una buena mujer que los cuidaba me contó que hubo un tiempo en que los gatos eran más, y que un hombre del barrio empezó a matarlos porque se ensuciaban en las materas de su casa. Al poco tiempo el hombre apareció muerto en su cuarto. En todo esto hay un pasado que ignoramos, un gato muy antiguo vive en nosotros.

¿Qué significaron los animales en su infancia? ¿Cuáles fueron los preferidos?

Tuve la suerte de vivir los primeros años de mi niñez entre animales; cuando abrí los ojos lo primero que vi fue animales. De niño me moría por los perros, pero mi padre no quería tener perros en la casa. A los cinco años me compré una perrita con unas monedas de mis ahorros; era una perrita flaca, blanca, pelisucia, que me parecía hermosa. Montado en mi burro, con mi perra en brazos, me sentía un rey. El enojo del viejo fue muy grande y debí regalarla. A los ocho años me compré un perro y ese sí permaneció en mi casa. No sé qué veía en los perros. Un amigo tenía uno, corría con él por las cañadas; ladraban al mismo tiempo, escarbaban en los troncos podridos, comían gusanos blancos. Mi imaginación los seguía, ladraba con ellos.

¡Cómo es la vida! Mi padre tenía dos machos, mulos; el uno era rucio, el otro negro; el rucio era manso, en él monté desde los tres años; el negro era bravo, no permitía que me le acercara. Dos personalidades opuestas, la contradicción como un regalo en la infancia.

Gozaba mirando los caballos, sobre todo mirando los potros, que me parecían hermosos; me gustaba acariciarlos, darles sal en la mano, verlos correr haciendo cabriolas, ensayando su fuerza. Ahora sé que eso que llamamos belleza la descubrí en los caballos.

A los tres años me sucedió una de las cosas más importantes de mi vida. Mi madre me llevó al pueblo, a Bolívar; fuimos a quedarnos. Llegamos a la casa de una amiga suya; dormir en otra casa me hizo sentir extraño. Cuando desperté al día siguiente, me llené de pánico; algo de golpe había cambiado; había un gran silencio, no cantaban los pájaros. ¡Había perdido el canto de los pájaros! Hasta entonces había sido un animal entre los animales, había vivido sumergido en ellos; fue la pérdida la que me hizo

consciente de su existencia. Un tiempo después entré a estudiar en el pueblo; la separación de mi casa y de los animales fue muy dolorosa. Mucho más tarde volverían los animales a tocar en mi puerta, los animales en la resurrección, diría Lezama.

¿Tuvo también animales fantásticos favoritos? ¿Cuáles fueron?

Los conocí de muy chico; eran los animales de los cuentos populares de miedo; el sur es una tierra rica en tradición popular. La muerte es un jinete, delante de la muerte va volando y chillando un pájaro, anunciándola. Quien transita por el camino debe tirarse al monte, si no quiere morir. Un pájaro mensajero de la muerte, buena imagen.

El perro era un fantasma; seguirá siéndolo. En el camino hacia el pueblo había un río; pasando el río, una casa abandonada. A algunos campesinos, que se quedaban en el pueblo y pasaban por esa casa tarde en la noche, se les aparecía un perrito negro. Lo veían a la distancia; se les acercaba moviendo la cola; lo extraño era que el perro iba creciendo en la medida en que se les acercaba. Cuando lo tenían a su lado era del tamaño de un caballo.

No me creería si le contara el relato de una mujer campesina que no había tocado los libros y que por supuesto no sabía nada de Rulfo. Se lo escuché, más tarde, en Cali. Esta mujer, de Buenos Aires, Cauca, había pasado a vivir en Florida, Valle; no en el pueblo, sino subiendo por la cordillera, en una casita a la orilla del camino. Aprovechando la situación de la casa, ella y su marido habían puesto una tienda. Maximina, que así se llamaba, tenía un hermano, Pedro. A Pedro le gustaba el trago; con frecuencia se quedaba en el pueblo tomando, y pasaba tarde en la noche en su caballo, pidiendo una media de aguardiente. Una noche escucharon el caballo de Pedro, el ruido de los cascos sobre las piedras del patio, el resoplido de siempre. Ella se levantó, tomó la media del estante y abrió la ventana. Miró hacia fuera y no había nadie. Hizo levantar a su marido; éste alumbró con la linterna... y nada. Los dos se sobrecogieron, luego se durmieron. Al día siguiente, a eso del mediodía, cuando Maximina estaba en el corredor de la casa moliendo un maíz, llegó una vecina y le dijo que debía ir a reclamar en el anfiteatro el cadáver de su hermano. El día anterior había habido corridas en Florida. Pedro, borracho, se había lanzado al ruedo a torear con la ruana, y el animal lo había herido. Cuando el caballo pasó, Pedro ya estaba muerto.

Años después conocí *El libro de los seres imaginarios*, de Borges, que es un libro precioso. ¿Recuerda usted la pregunta planteada a Edipo por la Esfinge?: “¿Cuál es el animal que en la mañana camina en cuatro patas, al mediodía en dos y al atardecer en tres?”. El Minotauro se alimentaba de carne joven; ¡cómo olvidar el hilo de oro que ayudó a Teseo a salir del laberinto!

Se afirma que todo hombre tiene un semejante en el reino animal. Según usted, ¿a cuál de ellos se parece?

Quisiera parecerme al gato; al gato quieto y ronroneando, es decir, viajando; o al caballo, con su dulzura y su fuerza brutal; gato y caballo, seres de este y otro mundo, pero eso es demasiado. Realmente me parezco al animal humano, desasosegado, convencido y cruel.

¿Tiene gato en casa? ¿Cuál cree que es el animal que mejor acompaña a un escritor?

No tengo gato. Se podría pensar que soy un amante de los gatos en el sentido de tenerlos cerca y chocholarlos; no, estoy muy lejos de eso; me gusta contemplarlos, mirarlos desde una respetable distancia, o mejor, debí contemplarlos en una vida pasada.

Un rinoceronte sería un inigualable compañero del poeta, pues es casi su espejo, un ser salido de un pasado remoto, un monstruo.

El poeta debería tener un murciélago colgado de una viga de su casa, y llevar la mirada del papel al cielo raso y encontrarse en ese animal que duda entre ser ratón o pájaro. El murciélago, como el poeta, tan dulce para la mofa y para la piedra.

O una serpiente que, en momentos de sequía mental, se metiera por un agujero y le trajera un ratón del inframundo.

*¿Qué gato de la literatura (de novela, cuento o poema) aprecia en especial? ¿Por qué?
¿Lo puede transcribir?*

Son dos; tal vez tres. El gato de Poe, que aparece en su cuento *El gato negro*. Poe, como pocos, pudo profundizar en el gato como fantasma, como representación de una vida pasada, y cuya presencia en la vida cotidiana lleva al personaje del cuento a un horrendo crimen.

El otro es el gato de Alicia, el gato de Cheshire; ese gato que Alicia ve en la rama de un árbol, sonriendo. La sonrisa de ese gato es impresionante. La ilustración que acompaña al texto hace que esa sonrisa nos persiga.

El tercer gato aparece en un poema de Fernando Pessoa:

Gato que juegas en la calle
como si fuera en la cama,
envidio la suerte que es tuya
porque ni suerte se llama.

Buen siervo de las leyes fatales
que rigen a piedras y gentes,
que tienes instintos generales
y sientes sólo lo que sientes.

Eres feliz porque eres así,
todo lo nada que eres, es tuyo.
Yo me veo y estoy sin mí,
me conozco y no soy yo.

“El gato”, y otros poemas suyos sobre animales, logran conformar un atractivo bestiario. ¿De los libros-bestiario que ha leído, cuáles son los que más le fascinan?

Excepto los encontrados en el libro de Borges, los he hallado dispersos, aquí y allá, en la poesía de Ledo Ivo, Eliseo Diego, Rómulo Bustos, José Emilio Pacheco. Los he encontrado en los cuentos. La mitología griega es rica en animales extraños. El Basilisco mata con la mirada. Los viajeros experimentados llevan un gallo para atravesar el desierto. El canto del gallo mata al monstruo. También llevan un espejo: al Basilisco lo mata su propia imagen. Señor, inclinémonos.

Supongo que ha leído y visto en prensa y televisión a El gato Félix, Garfield, Silvestre, Tom (el de Jerry). ¿Cuál de esos gatos se asemeja más a “El gato”; cuál de sus formas

de ser como gato le complace más; y, por último, encuentras poesía en esos cartones cómicos?

Ante esta pregunta me descubro un mal lector de historietas. He sido un buen lector de periódicos, sin embargo, nunca me he detenido en las historietas; y la televisión me llegó tarde, siempre tuve mi prevención con este medio. Me encantan los documentales sobre animales; la televisión los ha puesto en el lugar que se merecen. Sin embargo, su pregunta me lleva a un recuerdo infantil. En el libro segundo *Alegría de leer* había una historieta muda: los personajes eran un gato y un niño; el niño llevaba al gato a un puente y lo arrojaba. Por la noche el gato, agigantado, vuelto fantasma, sacaba al niño de la cama y lo llevaba al puente. Esa simple historieta tomaba vida en mi imaginación y sentía miedo.

Juguemos, Horacio, a las alegorías. ¿Es el poeta un gato? ¿Es el poema el ratón?

El poeta es un gato al que no le gusta el alimento concentrado y al que le toca perseguir a un ratón que no existe; cuando cree cazarlo y empieza a devorarlo, se da cuenta de la ilusión: saborea una brizna de nada. El poeta es un gato negro al que nadie quiere, porque la gente piensa que le puede traer mala suerte, cosa que de alguna manera es cierta, si no pregúnteles a las mujeres que se han casado con poetas. Viéndolo bien, el poeta está lejos de ser un gato, pues al gato le tiene sin cuidado la gente; el gato *es*, diría Rilke; el poeta está pendiente de la mirada del otro, actúa, si no hay público no se levanta. Y el poema no es un ratón, pues no huye; el poema se encuentra en alguna parte, generalmente debajo de una piedra, esperando que alguien lo descubra. El poema está hecho, acabado; tal vez se trate de limpiarlo un poco, de sacudirle la tierra.

De los gatos se dicen varias cosas enigmáticas, entre otras: que son sensibles a la luna llena y que celebran con las brujas en los aquelarres; que son ellos quienes demuestran cuándo desean ser acariciados y cuándo no; que son los gatos los dueños de sus amos, que son los amos sus mascotas; y que son, en el reino de los animales, los ejemplares más egocéntricos. ¿Se parecen de algún modo los gatos a los poetas?

El gato no es un animal del todo doméstico; conserva su animalidad, su salvajismo. A un perro se lo puede encerrar, a un gato no; el gato fácilmente se pierde, toma su camino

y se va, y vuelve cuando menos se lo espera. Tiene cualidades biológicas que parecen fantasmales, un sentido de orientación que no lo tenemos los humanos. Hace un tiempo una amiga me contó que en su casa tenían un gato. Vivían en un municipio del Quindío, y una abuela, que vivía en Manizales, lo pidió prestado y se lo llevaron; necesitaba un gato para espantar los ratones que se estaban apoderando de su casa. Lo metieron en una caja de cartón e hicieron un viaje en bus que duró cuatro horas. Lo dejaron en la casa de la abuela y regresaron. A los ocho días, el gato, flaco y embarrado, se apareció en la casa del Quindío. No insultemos al gato. El poeta es un pobre ser desorientado. El poeta anda buscando algo que no se le ha perdido, siente que algo le falta, tiene frente a sí un gran vacío, o hace un puente con palabras o se tira en él de cabeza. El gato ha hecho mucho yoga y es capaz de vivir el puro presente.

¿Ha leído “El gato” en las sesiones de talleres literarios que realiza con niños? ¿Qué reacción ha notado?

Muchas veces. Los niños abren los ojos como si les interesara y luego parpadean y se distraen. Sucede que se trata de un poema profundo, un poema hermético, que requiere un alto grado de sensibilidad y desarrollo mental; pienso que lo disfrutarán cuando sean jóvenes. Lo he leído a los jóvenes y no se inmutan: tal vez prefieren a las gatas. Lo he leído a los viejos, y los viejos cambian de posición en la almohada: están cansados para seguir a un animal tan ágil.

En el trabajo con los niños me ha ido mejor con las adivinanzas. La adivinanza les llama poderosamente la atención a los chicos. Alguna clave debe haber, tal vez sea porque a los pequeños les gusta lo oculto, y la adivinanza es una pregunta sobre un objeto escondido.

Ahora que habla de las adivinanzas, cuéntenos algo sobre su libro de adivinanzas, cómo apareció. Supongo que el gato tiene su adivinanza; si es así, me gustaría conocerla.

Lo de las adivinanzas tiene que ver con mi trabajo con los niños. Empecé jugando a hacerlas y terminé escribiendo un libro. Fue un proceso muy curioso; por lo general para escribir un libro de poemas me demoro de dos a tres años, y el de adivinanzas lo

escribí en siete días; ochenta adivinanzas en una semana. *Agua pasó por aquí* fue un libro caído del cielo.

El gato, por supuesto, tiene la suya; aunque creo que no fue muy afortunado. La adivinanza es un texto breve, es la línea que traza un gato en su viaje del muro al suelo, generalmente una cuarteta; y la que hice sobre el gato se quiere parecer más a un poema; es un gato al que le pesa la cola. Dejemos ese gato quieto.

Si el gato no tuvo fortuna, ¿qué animal o cosa la tuvo?

Creo que la dama del cielo, la dueña del gato:

Hermana del sol
de cara gatuna

lámpara del pobre
y del que tiene fortuna

adivíname ésta
adivíname una

Usted lleva varios años dirigiendo talleres literarios. ¿Qué opina de los talleres para niños y, en general, de los talleres de creación poética?

A los talleres que realizo los podría llamar talleres de participación poética; se trata de compartir unos textos que considero bellos, y que por lo general interesan a los niños. Mitologías, cuentos tradicionales populares. No se trata de formar poetas. Con frecuencia llegan niños que tienen una mala relación con la lectura, y al descubrir la hermosura de los cuentos modifican su actitud. La literatura se convierte en una promesa de felicidad. Hago talleres con niños, pensando no tanto en ellos sino en mi salud mental. Es para mí vivificante trabajar con los pequeños: por su frescura, por su inocencia, quiero decir por su capacidad de deslizarse de lo que llamamos realidad al mundo de la fantasía, de la razón al inconsciente. Los niños son verdaderos gatos. Alguna vez trabajaba con un grupo de niños de la calle, niños entre ocho y catorce años; les contaba la historia de la Esfinge; cuando llegué a la pregunta que le hace la Esfinge a Edipo, les dije que se las iba a plantear, que si no acertaban corrían el riesgo de morir. Tres de los niños se salieron por una ventana. Pensé que no les había gustado la historia.

Cuanto terminé de contar y todo había pasado, volvieron en puntillas y se acomodaron silenciosos en sus puestos. Qué bálsamo para la vida. Estos niños podrían soñar con la rosa y traerla en la mano a la vigilia, como lo dice el poeta.

Pienso que todo trabajo que enriquezca el lenguaje, que lleve a recuperar el sonido de las palabras, sus diversos sentidos, que nos devuelva el misterio, es importante; si los talleres contribuyen en esto, bienvenidos.

Volvamos a “El gato”, Horacio. Un poema sobre un gato debe ser misterioso como un gato. ¿Cree que logró con “El gato” transmitir ese halo enigmático?

Un poema sobre cualquier cosa debe ser misterioso; el poema debe tener un halo de misterio, si no es lo ordinario. Para mí el poema es un ligero soplo de lo sagrado; de lo sagrado, llámese inconsciente, mundo prohibido, sueño, muerte. El poeta es el que baja al mundo subterráneo y vuelve trayéndonos un breve resplandor de ese mundo. ¿Que si lo logré? Seguramente no, y por eso he seguido intentando el poema.

En “El gato” se nota la morosa contemplación del poeta, su curiosidad consagrada a descifrar los hábitos del gato. ¿Qué tan importante es la curiosidad en un escritor?

La curiosidad, el atento mirar del que habla Eliseo Diego, es fundamental para el disfrute de la vida, clave para la poesía. Sin embargo, vemos poco, pasamos por encima de las cosas sin mirarlas, vemos menos lo que está cerca. De vez en cuando nos es dado ver de veras. Lo más grave es que en esto no valen las recomendaciones, la educación; hay seres que ven mucho y no tienen casi ninguna formación escolar. Ver tal vez sea una enfermedad emparentada con lo persecutorio. Tal vez para ver sea necesaria una alimentación baja en grasas que le permita a la sangre correr por todos los capilares del cerebro. Puedo confesar que pocas veces he visto. Alguna vez, en un guayabo glorioso, pude ver unas torcazas; estaban en las ramas de una acacia, rodeadas de claridad, como después de un aguacero.

“El gato” es de extensión breve, como casi todos sus poemas. Según usted, ¿qué ingredientes debe tener un texto corto para suscitar poesía en un lector?

Creo que todo el que escribe poemas trae, al nacer, su extensión de ritmo; es como el atleta que se siente bien en las carreras cortas o en las de largo aliento. Eso no se escoge, está predeterminado. Me siento bien en los cien metros. Creo que es María Zambrano quien dice que el poema es un fragmento, una vislumbre de lo imposible. Lo que trae el poeta es muy poco, pero ese poco puede ser suficiente.

El poema corto debe dejar un vacío, un espacio en blanco para que trate de llenarlo el lector, el recreador del poema. Debe esconder algo. Emily Dickinson dice: “[...] para la ardilla y para mí / que haya sustancia dentro es requisito”. Un poema debe ser como una nadadora de la que sólo se ve su cabeza; el resto, el cuerpo sumergido, lo construye el que mira.

¿Cuáles son los inconvenientes que ve en la escritura de un poema largo?

Si el poema es una vislumbre de lo imposible, esa brizna no se puede traer en un discurso largo; es necesaria la síntesis. Lo que es fragmento se debe dar fragmentariamente. Existen poemas largos que son una suma de fragmentos, en los que cada parte constituye un poema. Sin embargo, la brevedad suele tener su trampa. Podemos llegar a pensar que porque escribimos corto estamos haciendo el gran poema, y tal vez estemos huyéndole a la profundidad, al desarrollo del ritmo. Hay poemas largos que suenan como un inmenso bajo, y sobre esa extensión saltan minúsculos peces de oro.

¿Cuál cree que es el mejor nombre para un gato? ¿Qué debe tener el título de un poema para ser un buen título de un poema?

Pienso que “El gato” no es un buen nombre; el artículo pesa y sobra. En mi libro *Las cosas perdidas*, en el que aparecen animales, los poemas llevan el nombre del animal al que se refieren, un poema sobre el caballo se titula *El caballo*, por ejemplo. Hoy no los titularía así; he ido aprendiendo; soy consciente de la necesidad de alivianar el idioma; en esto me ha ayudado la observación de la manera de titular de los poetas y un juguetón libro de ensayos: *El cuaderno de Blas Coll*.

Hay títulos simples, obvios. Un verso atado por un hilo al texto puede ser un buen título, o un verso flotando como una nube sobre el poema. Hay títulos tan bellos y sugerentes que uno puede quedar satisfecho, aunque el poema no diga tanto. Un amigo poeta me decía que le gustaban los títulos sencillos porque prometían poco. Esperaba que el lector encontrara la hondura en el poema; pensaba que el título refinado podría ser una falsa promesa.

¿Cómo nacen los cuatro primeros versos de “El gato”? (“El gato que duerme / es otro gato / porque a las once / es sólo sombra”? ¿Qué tanto hay de espontaneidad y qué tanto de construcción en la redacción de esas líneas?

Hace un tiempo largo escribí el poema; no recuerdo cómo apareció, creo que surgió sin trabajo, con un solo trazo, de los bigotes a la cola. Es un poema del libro *Las cosas perdidas*. Recuerdo la escritura de ese libro como un tiempo venturoso. Los animales, las cosas parecían decirme aquí estamos, háganos un poema; todo parecía fácil. Es bueno decir que tengo tiempos de esterilidad, que son los más, en los que no se me ocurre nada.

Los gatos tienen sus horarios especiales para manifestar sus excelencias físicas y morales. En el caso de “El gato”, ese horario es el de la noche. ¿Tiene usted horas que le son más propicias para la escritura?

En esto soy un antigato; la noche la tengo para dormir. Me levanto temprano, de la mano de un tinto voy a mis asuntos; si los dioses son generosos, escribo, leo a algún poeta, me ensueño, recuerdo. En las primeras horas del día se hace más fácil empatar con el sueño. En una ciudad de clima caliente como Cali, en las primeras horas de la tarde la imaginación va cuesta arriba. Entre las cinco y las seis es un tiempo propicio para la contemplación; la brisa trae mensajes del mar, las cosas están fuera y dentro de uno; es la hora del buey.

“El que a las tres / de la mañana cae / como sombrero lento / es porque ya no ondula / en el agua del desierto”. “El gato” está escrito en versos cortos, y su precisa partición parece capital para la musicalidad del poema. ¿Qué tiene en cuenta a la hora de partir un verso?

Un verso no es una línea, aunque para algunos lo es. Un verso es una unidad de ritmo, dice Octavio Paz. Cada cual tiene su bailado; algunos lo hacen con pasos largos, otros dando salticos. Uno termina acomodándose al paso marcado por los dioses. De tal manera que en la extensión de los versos no he elegido, o mejor, si alguien ha elegido, esa ha sido mi mano. Como no sé medir con números, dejo que mi oído lo haga; creo que eso se aprende leyendo poesía y oyendo el movimiento del habla. Podría agregar que cada idioma tiene sus medidas de ritmo. El haiku aparece en la lengua japonesa, lengua que suelta disparos rápidos y luego hace espacios de silencio. El español tiene ritmos ondulados y de mayor extensión; tal vez por eso el haiku nos parece tan extraño. Creo no haber contestado la pregunta: el poema en cuestión se resuelve en líneas cortas, quiebro el verso, tal vez porque quiero ver los poemas delgados, sin adherencias, por la ilusión de dejarlos en su justa medida.

¿Qué quiso decir “El gato” con el octavo y noveno versos: “es porque ya no ondula / en el agua del desierto”? ¿Qué puede ronronearle al lector acerca de esas dos líneas?

El gato se enmascara, puede transformarse, puede aparecer como serpiente, como mujer, como pez, como paloma. Hay animales que en sus movimientos nos recuerdan que tuvimos un pasado en el agua. El desierto se hizo para el gato; en esa página se ve muy bien. Las dunas, las estrellas y el gato, ese es el cuadro que contempla un dios nocturno.

Habíamos dicho que el gato de “El gato” es nocturno. El poema lo acompaña hasta el asomo de la mañana: “El que a la seis / busca la leche / es porque guardó / su oscuro sobretodo”, termina diciendo. ¿Por qué “El gato” describe al gato en la noche? ¿Acaso el poema no tendría la misma carga simbólica si lo retrata en el día?

La podría tener, o tener otra carga simbólica. El gato, después de tomar la leche, busca el sillón de la casa, se queda quieto y encendiendo el motor de su balsa empieza otro viaje; el río lo puede devolver al desierto, lo podemos ver perderse tras los muros de Ur. Sea como sea, la noche es necesaria para el poema; el día separa, la noche borra las diferencias; en la noche ocurren las transformaciones; sin embargo, si tenemos el gato en el día nos basta con cerrar los ojos, tomarlo del cuello y colocarlo en la noche.

¿Qué sensación produjo en usted la escritura de un poema como “El gato”?

Una sensación de frescura, como una ligera caricia del instante. Sin embargo, la eternidad es pasajera. El gato, que salió de la noche brillando, se marchita, se vuelve insoportable, entonces no queda más que tomar las valijas e irse a buscar el ronroneo en otra parte. *Leerse deprime*, dice con sabiduría maliciosa Gerardo Rivera.

¿Piensa que “El gato” tiene las siete vidas de un gato? ¿Hasta dónde cree que “El gato” permanecerá?

Un gato no tiene siete sino ocho vidas; después de las siete se va a ronronear en las faldas de la muerte. El gato es un animal muy resistente; tal vez por eso lo de las siete vidas. Hace algunos años conocí a un viejo que tenía un gato; era un gato gris de ojos verdes, de pelo largo y sucio; el hombre le empezó a coger fastidio y decidió deshacerse del animal. Lo llevó al río Cauca y lo arrojó desde el puente de Juanchito: piense en unos veinte metros. El gato volvió a los dos días. Lo llevó de nuevo, lo metió en un costal, amarró la boca del saco con una piola, lo arrojó; pasados unos días, el animal estuvo de nuevo en la casa. No creo que mi gato tenga esa capacidad de supervivencia. De alguna manera ya ha vivido bastante; apareció hace unos 25 años, es decir, está viviendo horas extras.